

AUTOBIOGRAFÍA

TESTIMONIOS DE CARMEN CHARO, SUSO MENDIVE Y MARIPAZ

Enrique Pérez Ámez.

Nací en Laguna Dalga (León) en 1940. En 1964 fui ordenado sacerdote en la diócesis de León. Ejercí como párroco tres años. Me doctoro en Teología en la Universidad de Navarra. A mi vuelta de la Universidad ejerzo, en la ciudad de León, diversos cargos como profesor; dirijo diversos medios de comunicación: prensa, radio, etc. y participo en diversas conferencias teológicas.

En 1965 ingreso en el Opus Dei como el primer sacerdote agregado de León, y allí permanezco hasta 1980....

En 1969, tras hacer oposiciones, me traslado a Toledo como Canónigo Penitenciario. En dicha Archidiócesis trabajo también como profesor y periodista. Tras 16 años de permanencia en el Opus Dei abandono la Obra y debido a las persecuciones y presiones de toda índole que contra mi orquesta el Opus abandono la Canonjía y la Archidiócesis de Toledo. Hastiado del Opus y desilusionado de la Iglesia me aparto también de ésta como último recurso para poder seguir creyendo en Dios. Resido en la actualidad en una residencia geriátrica gracias a la generosidad de particulares pues ni la Iglesia ni la Obra jamás me han echado una mano en el terreno laboral o económico.

Los primeros años de permanencia en la Obra fueron idílicos, desempeñaba mis labores sacerdotales ajeno por completo a cuanto me rodeaba, sólo existía el Opus Dei; las inmensas anteojeras que poco a poco se iban instalando tanto en mi mente como en mi espíritu sacerdotal me impedían ver cualquier otra realidad humana o eclesial al mismo tiempo que me alejaban de mi entorno sacerdotal y diocesano. El Concilio Vaticano II, en aquellos momentos, prácticamente no existió pues ni en la Universidad de Navarra ni en los medios de formación de la Obra se le citaba y pasaba absolutamente desapercibido. El citar algún documento conciliar iba en contra del espíritu de la Obra.

Al incorporarme a la Archidiócesis de Toledo como Canónigo Penitenciario las cosas comenzaron a cambiar, el querer despojarme de las anteojeras trajo nefastas consecuencias: las insinuaciones, directrices, presiones y mangoneos que sobre mi quisieron ejercer los directores de la Obra me hicieron imposible la vida y el ejercicio digno de mi tarea sacerdotal. Harto de tanta insidia, y con tres certificados médicos que me aconsejaban un descanso fuera de Toledo, me ví obligado a abandonar la Obra; poco tiempo después no me quedó más remedio que renunciar a la Catedral y las demás funciones sacerdotales en Toledo.

En la actualidad el Arzobispo de Toledo no me ha suspendido “a divinis” ni yo he pedido la secularización, ni lo pienso hacer; no por motivos éticos o morales sino por la sencilla razón de que nada que tenga algo que ver con la Iglesia Católica me importa. Si para encontrar a Dios y a mí mismo he tenido que prescindir de ella y sobre todo del Opus, ahora no la necesito para nada ni la echo de menos.

Mi salida de Toledo fue dramática: “la Obra –me dijeron- es como una inmensa maquinaria, si un tornillo se sale de su sitio se le desecha sin contemplaciones y se acabó, así que tu verás”. Efectivamente ví las consecuencias que mi salida produjo: hicieron llegar una carta a mi madre de noventa años diciéndola que se olvidara de su hijo, no valía la pena ni rezar por él pues estaba condenado al infierno; la abultada agenda con direcciones y teléfonos de amigos se esfumó, jamás nadie se volvió a poner en contacto conmigo ni a contestar mis cartas o llamadas telefónicas por angustiosas que éstas fueran; a la petición de 5.000 pesetas para poder comer algo caliente después de casi una semana en ayunas y durmiendo en la calle me contestaban: “esta noche rezaré con más intensidad por ti”, pero de ayuda nada. En los trabajos a los que tuve acceso todo iba bien hasta que el Opus se enteraba de mi situación; inmediatamente era despedido, eso sí con buenas palabras, una sonrisa en los labios, y muchas promesas.

Cuando alguien preguntaba por mí la respuesta era siempre la misma, había dos opciones: “está muerto, o internado en una clínica psiquiátrica”, en cada momento se podía elegir cualquiera de los dos dependiendo del interlocutor.

Como consecuencia de una tromboflebitis se ofreció un numerario de turno para llevarme a un especialista –yo no tenía dinero ni para comprar una aspirina- le dije que sí agradecido, pero... cuál no sería mi sorpresa cuando el médico que me atendió era un psiquiatra del Hospital Central de Oviedo. El especialista con más sentido común que el cura numerario comentó: Enrique está de salud mental mucho mejor que usted y que yo, lo que le duele es una pierna como consecuencia de una tromboflebitis. No hubo comentarios y vuelta para León con la “pata” tiesa.

Debido a situaciones dramáticas y sufrimientos innumerables me da un infarto, ante la gravedad del hecho me tienen que trasplantar el corazón. Jamás nadie de la Obra se interesó por mi enfermedad; el cura de mi pueblo (a quien yo había hecho de la Obra) nunca se interesó por mi salud, ni una visita, ni una llamada telefónica. A causa del trasplante tuve que refugiarme en una residencia geriátrica; allí comencé una nueva vida y me dediqué –y dedico aún- a escribir mis experiencias en el Opus; nada más publicarse el primer libro, anodidamente, sin dar la cara y como fariseos modernos, me expulsaron, sin contemplaciones y sin dar explicaciones, de la residencia teniendo que ir a dar con mis huesos a otra a 150 kilómetros de la primera.

En León me ha sido imposible presentar el libro pues los medios de comunicación están copados por empresarios del Opus; en mi pueblo, familia y sitios donde era suficientemente conocido, han dejado caer, como quien no quiere la cosa, que Enrique está en Asturias pero no en una residencia geriátrica sino en la cárcel.

Evidentemente he contado únicamente por encima algunos de los avatares ocurridos como consecuencia de mi abandono del Opus.

Asturias, septiembre de 2008.

Enrique Pérez Ámez.

[Carmen Charo](#) :

Queridos todos, ya volvimos de Zaragoza!

Como os dije fue un grupo más pequeño que el año pasado, pero fue mejor la experiencia ya que nos ha dado la oportunidad de hablar con más hondura y crear lazos más fuertes, o por lo menos que a todos nos dejara un mayor impacto emocional los días compartidos. Ha sido muy bonito y enriquecedor, algo para repetir.

Y un fruto de ello ha sido tener la suerte de conocer a Enrique Pérez Ámez, que ya nos presentó hace no mucho su libro “Reflexiones a las orejas del burro Felisario”. Tengo que decir que a todos nos ha impresionado su persona porque es un hombre al que le han dado golpes (la obra) por delante, por detrás y por el medio.

Es un hombre que hace más de 20 años que dejó la obra y con ella a la iglesia y ha tenido que verse durmiendo en la calle, pasando días sin comer, ha sufrido la calumnia sin compasión, un sufrimiento sin cuento que tuvo como consecuencia un trasplante físico del corazón. Al día de hoy, por la publicación de su libro, y bajo presiones opusinas, ha sido echado de la residencia donde vivía, acogido por los Mensajeros de la Paz. En su caso, la iglesia no se queda atrás en el maltrato cruel, ya que ni siquiera le pagan la pensión que el corresponde como sacerdote no secularizado y sin posibilidad de trabajar.

Los odios que despierta este buen hombre son fuera de serie, pero su valentía es heroica por eso, aunque puede que todo esto no le guste, yo quiero presentároslo y hacerle este pequeñísimo homenaje lleno de admiración y cariño. Para él un fuerte y sentido abrazo.

Carmen Charo

Carta de Carmen Charo y autobiografía de Enrique Pérez Ámez, tomadas de la página www.opuslibros.org

Nadie diría que tiene sesenta y seis tacos, un transplante de corazón y una vida que se intuye ha sido difícil y excesiva. Nadie diría que ese hombre es sacerdote –que lo sigue siendo. Ordenado en León en 1964, primer sacerdote agragado del opus dei en León, se doctora en la Universidad de Navarra, gana las oposiciones a canónigo penitencial en Toledo, y allí sigue hasta 1980...

Publicado originalmente en el Blog [¿Qué barullo en la herida!](#), de Suso Mendive.

ENRIQUE PÉREZ ÁMEZ Por Suso Mendive opusvalladolid

Recupero la semblanza, algo cambiada, que hice de Enrique cuando le conocí, hace cinco años.

Después nos vimos más veces, aunque hablábamos más por teléfono. La última vez hace tres semanas. Cambió de residencia de La Bañeza a Gijón y quería que pasara por allí a

verle. Estuve en Gijón el día anterior a su repentina muerte. Me vino unas cuantas veces a la cabeza visitarle, pero al final no pudo ser.

Lo cierto es que nunca antes en mis visitas a Gijón le recordaba.

En una visita profesional alguien me comentó que conoció a un ex sacerdote que fue “un tipo importante de la opus”. Me pudo la curiosidad y, aunque pocas noticias pude sacar de aquel hombre -tan sólo que el ex cura vivía en una residencia de personas mayores en un pueblo de provincias-, decidí que un día le haría una visita.

Así fue.

Pregunté por él y se me apareció un gigantón con cara de pillo, ojos saltones, pelo blanco de cepillo, un vaso de JB en la mano, zapatillas de deporte, chándal y aspecto divertido. Nadie diría que tiene sesenta y seis tacos, un transplante de corazón y una vida que se intuye ha sido difícil y excesiva. Nadie diría que ese hombre es sacerdote – que lo sigue siendo. Ordenado en León en 1964, primer sacerdote agregado del opus dei en León, se doctora en la Universidad de Navarra, gana las oposiciones a canónigo penitencial en Toledo, y allí sigue hasta 1980...

Un buen día, mientras celebraba Misa en una catedral se dijo “y yo, ¿qué coño hago aquí?. Y se fue a ver a su obispo -cardenal, amigo además de su obispo-, y le dijo que no podía más y que se iba. Y se fue, sin pedir dispensas, sin cartas, sin historias... y hasta hoy...

No sabía quién era yo –me presenté sin previa cita-, pero pareció no importarle. Me recibió con un efusivo abrazo y me preguntó “¿tú que haces por aquí?”, así, como si me conociera de siempre.

- Pues, que me han contado algo de su vida... me han dicho que usted fue alguien en la opus y yo, bueno, también fui de la opus y, bueno, que pasaba por aquí (la verdad es que para ir a ese pueblo no se “puede pasar”, sino que “hay que ir”), y me he dicho que a ver qué se cuenta este hombre.

- Y tú, ¿qué fuiste en la opus? – me preguntó.

- Yo, numerario.

- Yo fui el primer sacerdote agregado de León... pero, ven, vamos a la cafetería y charlamos.

Tres JB después salía de aquella residencia, además de contentín y como muy efusivo, con una biografía apasionante en el bolsillo.

Hay gente que no quedas para hablar unas horas, sino unas botellas. Éste es uno de esos. Todo un personaje: pintoresco, sugestivamente literario, con una actitud ante la vida que es toda una filosofía del que día a día es consciente del maravillosos don de la vida, a la que estruja y le saca zumo de una manera personalísima y difícil de compartir. Un hombre excesivo que le agrada probar de todo, y que todo lo ha probado... quizás a costa de dejarse unos buenos siete rotos en las junturas de los pantalones de su

corazón, de su alma y de su biografía. Enrique era como el payaso del circo que le dan todas las bofetadas. Aún así, tuvo suerte.

Una cabeza privilegiada, muy bien amueblada y formada, pero unida a un corazón que no termina de encajar con tanta inteligencia. Un corazón oceánico, contradictorio y que aguanta mal la tristeza y la mentira... por eso se fue al monte, sin seguir consejos de cardenales y directores mayores de la opus “haz el falso, disimula y ya te buscaremos una salida...”.

Con gente así esas fórmulas no valen y un día cualquiera, hartos de tanta tontería personal y ajena, saltan barreras para no tener nunca más peajes de ningún tipo. Su sinceridad era transgresora, irreverente, más como estrategia para no enfrentarse a sí mismo. Como la de un adolescente que sólo trata de parecer lo que no es.

La vida le hizo pagar otros peajes.

Fueron tres JB escuchando un hombre socarrón, pillo, de sentencias rápidas y brillantes, original, de una mordacidad ingenua, nada que ver con esas otras amargadas, las que se dejan llevar por el rencor. Una conversación trufada de blasfemias gruesas, de tacos como latigazos, que se ve que le han cantado las cuarenta al lucero del alba. No le ha importado, cuando le ha ido a visitar algún secretario del obispo de su diócesis, o un obispo de su promoción, con idea de ver si pueden encauzar ese alma sacerdotal, gritarles un “pero tú, hijo de puta, mecagüen Tal, ¿qué me estás contando?: si cuando peor estaba y te comenté que había dejado de ser cura, y te llamé pidiéndote cinco mil pesetas para pagar una pensión no me diste nada y me dijiste “hoy rezaré más que nunca por ti?”.

Sus blasfemias, aunque de las más gordas, parecían las de un niño que quiere parecer lo que no es, un crío con los puñitos cerrados diciendo barbaridades. Un fanfarrón que quiere asustar a no se sabe quién -tal vez a un cura sí consiga amedrentar con esos mecagüen -y que esconde una sensibilidad que no tiene a Dios tan lejos como él cree. En el fondo, esa fue la impresión que tuve, sigue siendo un cura que esconde demasiadas cosas tras la capa de socarronería, de bravuconería infantil, de gracias espontáneas y fulminantes, pero inofensivas como el beso de un niño de dos años.

Encima, en la Residencia, vivía en una zona donde residían sacerdotes jubilados. ¡Vaya contraste!: un ex cura con unas picardías de grueso calibre junto a unos venerables sacerdotes, piadosos y papetos.

Me gustaría verle a solas, cuando nadie sabe que reza, probablemente ni él mismo.

Fue el primer sacerdote agregado de León. Comenzó la labor allí con otro sacerdote – hoy eminente teólogo-, y les pitaron “como mierdas” supernumerarios, agregados, sacerdotes y laicos, y algún numerario. De allí se fue a realizar el doctorado a Navarra. Puros dieces. Quisieron que siguiera en la nueva facultad, pero el obispo le dijo que nanai, que lo necesitaba en León. Asistía todo tipo de labores –internas y externas: medios de comunicación social, comisiones de enseñanza y cursos de formación con prohombres de empresa de la ciudad. Harto del obispo se presenta a unas oposiciones de canónigo penitencial en la catedral de una diócesis chachi. Y allí que se fue. Y el cardenal le adopta como hombre de confianza, y como amigo: lleva todos los temas de

enseñanza, relación con los medios, seminario... y la labores de la opus. Su casa era el apeadero de más de un numerario, el hogar de más de un seminarista y la casa de tócame Roque.

Vivió tiempos de muchas presiones –la opus le pedía demasiados favores para aprovechar sus influencias en la diócesis a través de los medios de comunicación y de los colegios del obispado-, el cardenal le decía “haz caso a los de Madrid” – Madrid eran los de la opus...- y él, con ése desorden personal, que le llevó a un cruce de caminos no sólo ideológico...

Y se fue al cardenal y a los de la opus y les dijo que no podía más, que lo dejaba.

Le intentaron retener. Estaban dispuestos a todo por alguien que podría llegar a ser obispo... pero esto, quizás, mejor que sea él quien lo cuente

Y se fue. No pidió dispensa alguna. Sencillamente, desapareció.

La vida después fue dura, como lo es con todos. Y como decía alguien “la rosa necesita estiércol, pero el estiércol puede muy bien pasarse sin la rosa”. Siempre existe una dependencia inmediata del ser superior respecto al inferior. No hay rosas sin estiércol, ¡pero cuánto estiércol sin rosas satisfecho con lo que hay!: su miseria. Y, en ocasiones, el camino de regreso a la propia madurez, que es aceptarse, comienza por ese dejarse de rosas, de vanidades de tribu que inciendan los poderes del mundo, de perfumes que esconden otros aromas, y vivir en el estiércol. No es un mal comienzo.

Se dice que bienes como la belleza, el amor o la fe “no tienen precio”. Esto puede significar que vale más que todo, o que no valen nada. Pero cuando se descubre el valor de nuestra miseria, lejos del Ideal recogido en estatutos, del Heroísmo que no sabe que lo es porque no hay nadie que lo ratifique, entonces, uno está cerca del amante, del artista y del santo, gente con un brillo especial en la mirada y un sentido de vida, que sí es locura, de la de verdad.. Entonces uno está muy cerca del “regreso”. Y se regresa solo, andando solo, sin miedo, sin vergüenza y sin nada en las manos.

Y eso es lo que me enseñó aquel cura.

Mientras hablábamos en la cafetería de aquella residencia, un viejete con un Alzheimer del treinta y tres pasaba al lado de nuestro hombre, se paraba, le miraba muy serio, levantaba la mano derecha y gritaba “¡¡¡JAU!!!. Y Enrique, que así se llama, le contestaba muy serio “¡¡¡JAU!!!. Así ocurrió cerca de doscientas veces, o seiscientas... algo increíble. Y observé que Jerónimo sólo saludaba a Enrique y a nadie más. Supongo que porque no le contestaría nadie.

Durante la charla, entraban todo tipo de ancianos, y con todos tenía una frase, una broma o un guiño simpático. Era el amo de la barraca.

Nos despedimos con un abrazo de esos que se besan los corazones a tornillo... y con un ¡¡¡JAU!!! de traca.

Descansa en Paz, Enrique.

Fallece nuestro querido amigo Enrique Pérez Amez

Opusvalladolid.wordpress.com

La mayoría de vosotros le conocéis. Yo le conocí apenas hace un año, que vino a mi casa porque le habían dicho que le podía ayudar en la tarea de poner en marcha, un blog que acababa de empezar con mucha ilusión. Habíamos hablado varias veces por teléfono y un fin de semana, se invitó él mismo. Daba la casualidad, que mi hermana y su familia venían a visitarme y aprovechamos para estar juntos todos.

Era un hombre muy “grande” de corazón, de estatura... recuerdo que cuando le despedí en el apeadero del tren, nos hicimos **una foto** para el recuerdo y la envié a opuslibros. Esta otra se la hice en casa, cuando me repetía con sorna, que no había aprendido nada del ordenador pero que había ganado una familia.



Fue un fin de semana entrañable, donde con sencillez, pasó a ser uno más. La última vez que hablé con él para felicitarle la Navidad, me agradeció con toda su alma una vez más, aquellos días que pasamos juntos.

Enrique era el primer sacerdote agregado de León. Su vida en la obra terminó por asquearle, viendo que el camino que le habían “vendido”, estaba lleno de mentiras.

Todavía recuerdo con emoción cómo, con su poder de comunicación, nos contaba su vida aquí en mi casa. Había sufrido mucho, era un hombre que estaba solo, enfermo, y aislado en un geriátrico en un pueblo que no era el suyo. Aun así, no perdía su fina ironía, a veces mordaz e hiriente. Había encontrado en internet una herramienta donde

plasmar su pensamiento y salir del aislamiento a que le habían sometido, aquellos que tenían miedo de su lengua viperina. Me hubiera gustado estar cerca de él, en esos momentos de la despedida... le hubiese apretado la mano con fuerza como a un buen amigo. Me queda la tristeza de no haber podido hacerlo, pero su recuerdo permanecerá siempre.

Guardo con cariño entre mis tesoros el libro que me dedicó, y releo una y otra vez su dedicatoria:”A Maripaz, para que sin anteojeras, camine en libertad. Amigo, siempre estarás en mi corazón y en mi recuerdo.

Descansa por fin, en paz

Maripaz